

momento de Dios, momento de los hombres

EN estos días el tema de la Iglesia aparece una y otra vez llamando la atención aun a aquellos mismos que nada creen tener que ver con ella. Católicos y no católicos se interrogan nuevamente, después de tantos siglos, ¿qué es la Iglesia y cómo se entiende su función en medio de un mundo que ora, le es hostil, ora la contempla con simpatía?

La Iglesia no puede comprenderse si no se afirman dos de sus aspectos fundamentales: una obra de Dios en manos de bien definidos hombres. La Iglesia es la presencia de la vida de Dios en medio de los hombres, pero esa vida de Dios se comunica a los hombres, a través de hombres y de signos que no siempre son los vehículos ideales. Por eso mismo, toda obra de Iglesia tiene los dos aspectos y los dos momentos mencionados: momento de Dios y momento de hombres.

En el primer acontecimiento que provoca hoy la atención del mundo sobre la Iglesia, el Concilio, encontramos su momento de Dios en la convocación y en el impacto que produjo entre los católicos y los no católicos. Una inmensa impresión corrió por el mundo y especialmente entre los protestantes su anuncio fue un toque de atención acerca de algo que estaba muy cerca: la unión de las Iglesias. El Concilio, como momento de Dios, venía a recoger las ansias de muchos hombres. Los católicos comprendieron el carisma que se abría en la Iglesia ante un Concilio que se presentaba como

de reforma, y una reforma tendiente a lograr una mejor cara de la Iglesia ante el mundo en general y ante los hermanos separados en especial.

El momento de Dios se prolonga en las sesiones del Concilio en la medida que los hombres escuchan lo que el Espíritu quiere de cada uno de ellos. Por eso mismo lo que más se solicita y solicitan los Padres Conciliares es la oración a fin de que el carisma especial del Concilio no se pierda entre las preocupaciones demasiado humanas de sus distintos miembros. Porque no basta haber escuchado al Espíritu en los primeros momentos del Concilio, o recibirlo en las reuniones y luego olvidarse de El o no tener el valor de proseguir en la línea del camino indicado. No sería la primera vez que un Concilio fracasara por la oposición de los mismos hombres al momento prolongado de Dios. ¿Acaso no se pensó en el segundo Concilio de Lyon que la unión con los ortodoxos era un hecho y cuestiones políticas —momento de los hombres— impidieron la obra de Dios?

Por eso con toda exactitud el obispo de San Martín pedía en su pastoral de cuaresma oraciones a sus fieles a fin de obtener “para nosotros los Padres Conciliares, la indispensable y filial docilidad a la acción iluminadora del Espíritu Santo, a fin de que en todo momento sepamos buscar solamente la gloria de Dios y el bien de las almas, deponiendo para ello, si menester fuera, nuestros propios pareceres y opiniones, por muy queridos que ellos nos sean”.

También se vio el momento de los hombres ante el Concilio en aquellos que lo consideraron con escepticismo, en los que deseaban mantener ante el ecumenismo la posición de que nada había que cambiar en la Iglesia y que todo el problema de la unión se reducía a que los hermanos separados reconocieran a la iglesia católica como la única verdadera y la única que había guardado con toda perfección el depósito de la Fe, sin ninguna desfiguración ni siquiera en los detalles.

Y el momento de los hombres se vio también en la propaganda acerca de los falsos problemas de la Iglesia, como el cambio de los dogmas a fin de ajustarse mejor al mundo nuevo, o exigiendo actividades prácti-

cas de la Iglesia por las que, según los interesados, la Iglesia de los poderosos y de los ricos quedara enfeudada con las clases trabajadoras más revolucionarias.

Todo esto revela una vez más la necesidad de vivir en profundidad lo que la Iglesia es. Misterio del amor de un Dios por los hombres condensado en una vida que se transmite por un mensaje, cuyo depósito guarda un grupo de hombres especialmente elegido por el mismo Dios a través de los siglos.

* * *

Por ser de Dios este mensaje está dirigido a todos los hombres sin excepción, "no hay griegos ni judíos" y hoy agregaríamos no hay empresarios, burgueses, ni obreros; todos son uno ante el mensaje de Cristo en su Iglesia, y la Iglesia tiene como misión llevarlos a todos al encuentro con Cristo.

Este mensaje está entregado a hombres para su difusión y los hombres necesitan de la institución para organizarse y mantener su cohesión. La Iglesia aparece así a los ojos de muchos especialmente como una institución. Y ciertamente lo es. Organización basada fundamentalmente en los obispos, con una cabeza que es el primero de ellos y la instancia final en materia de fe y de moral. A lo largo de los siglos esa institución ha sufrido las lógicas transformaciones necesarias para su adaptación a los tiempos que la humanidad ha vivido. También ha sufrido los peligros que toda institución humana corre: un endurecimiento en sus estructuras de tal manera que la institución pudiera pasar a ser más importante que el mensaje mismo. Pero la Iglesia ha sido salvada siempre de este endurecimiento por el segundo aspecto de su misma realidad: el carisma, la presencia de una Vida que es la misma vida divina. Lo trágico ha sido cuando esa Vida ha sido coartada por los hombres y ha tenido necesidad de expandirse y mostrarse en desgarramientos profundos. No por nada los historiadores señalan que el quinto Concilio de Letrán (1512-1517) ante el que se presentó el mejor proyecto de reforma de

la Iglesia, al fracasar, porque sus Padres Conciliares no estaban a la altura de los tiempos, posibilitó el estallido de la reforma luterana en la forma violenta y desgarradora que ésta tuvo.

Pero en la misma Iglesia católica se realizó esa reforma gracias al carisma aceptado en los corazones de sus mejores hombres y Trento entonces consiguió hacer lo que no hizo Letrán, pero este retraso ha tenido repercusiones hasta nuestros días.

Es función fundamental de la Iglesia y de sus hombres escuchar al Espíritu, no extinguirlo. Y los hombres que escuchan al Espíritu deben saber asimismo que este mismo Espíritu habla para la Institución y no se puede hablar de eliminar la institución sino de reformarla. Porque es tal la fuerza y la novedad que siente en sí mismo que lo cree único. La fuerza de la Iglesia está en que siempre ha encontrado el camino para que la institución no ahogue al carisma, ni que el carisma disuelva la institución.

* * *

Nuestro catolicismo "es el único caso de una implantación de la Iglesia Católica, en un amplio espacio geográfico, a través de las mismas instituciones que vertebran la estructura cultural y política". Este hecho y a pesar del impacto de las ideas liberales ha dado su rasgo fundamental a la Iglesia católica en la Argentina. Y en muchos hombres de la Iglesia aparece como una necesidad ineludible a fin de asegurarle al país su sentido católico. De allí la insistencia en un acuerdo total con el Estado, y un utilizar las instituciones y estructuras del mismo como vehículo del mensaje de Dios. Paulatinamente, sin embargo, se advierte un cambio en este modo de pensar y es la misma Jerarquía la que pone en marcha movimientos que aseguren su solidez y la difusión de su mensaje en medios más amplios. En esta línea el crecimiento de la responsabilidad de los laicos católicos es una prueba de lo que se espera de ellos en todos los ambientes sin confiar ya en los poderes establecidos. La en-

das en la Iglesia, pero también es momento de Dios el no pretender que en la Iglesia todo deba ser transformado.

* * *

Este hecho de la Iglesia en diálogo con todo un pueblo a cuyo servicio, como portadora de salvación está, se ha hecho visible una vez más entre nosotros por la decisión e iniciativa del arzobispo de Buenos Aires, cardenal Caggiano. La exhortación pastoral del cinco de junio muestra claramente hasta dónde la Iglesia vive hoy los problemas de todo nuestro pueblo y se siente enraizada en lo más profundo de sus necesidades. Si piensa en las injusticias, en los salarios bajos, de hambre, en la falta de vivienda y aun de trabajo, no es para predicar la resignación cristiana como única solución, sino para plantear ante quien tiene responsabilidad la suerte de sus propios hijos cuya salvación se juega en los vericuetos de la vida material. Ella, la Iglesia, está presente en todos estos problemas no como factor de poder o grupo de presión, sino ante todo como mensajera de una concepción del hombre que encuentra su expresión perfecta en su fundador, Cristo Jesús. La Iglesia transmite la posibilidad de que cada hombre refigure en sí a la misma persona de Cristo y las circunstancias materiales pueden constituir una traba para la creación de ese Cristo.

. Al contestar la CGT ha destacado su independencia frente a las religiones, pero al mismo tiempo acepta la posición especial de la Iglesia católica en el país y, por tanto, destaca lo que en esa Iglesia atrae especialmente las miradas del pueblo. No es el hecho de su poder, ni lo perfecto de su institución, sino los gestos de aquellos que portadores de un mensaje se han hecho todo para todos. En este reconocimiento la Iglesia aparece fiel a su misión y a sus miembros. Pero sobre todo aparece como parte vital de una nación en busca de sus mejores destinos. Poco a poco se va adentrando en nuestro pueblo la idea profunda de que la Iglesia es parte de él mismo y que por lo tanto sus preocupaciones son las preocupaciones de la Iglesia y deben ser resueltas según los principios más puros del Evangelio.

Si solamente una Iglesia que abarque a todos los pobres puede ser la Iglesia de Cristo, no hay duda de que

en la Argentina nuestra Iglesia se siente más y más unida a un pueblo que sufre y lucha para que su pobreza no se convierta en miseria.

* * *

En toda nuestra América ha sonado la hora de Dios que significa la amplitud de corazón de todos los cristianos hacia todas las necesidades de sus hermanos. Momento de Dios que no debe ser desfigurado por el momento de los hombres. Y todos somos responsables de tal desfiguración en la medida en que estorbamos al Espíritu obrar en nosotros. La Iglesia en estado de Concilio es una Iglesia abierta sobre el mundo a través de los corazones de todos sus miembros.

“Es grave responsabilidad vivir en los días del Concilio Ecuménico Vaticano II”, ha dicho Dom Helder Camara, al tomar posesión de su sede en el noroeste brasileño. Responsabilidad porque otros Concilios han fracasado porque el momento de los hombres torció la voluntad de Dios. Responsabilidad porque de cada uno de nosotros depende la suerte final de este Concilio que comenzó, en el momento de Dios, a través de la voz carismática de Juan XXIII, cabeza visible y suprema de la institución. Ante un mundo en transformación sólo una Iglesia vitalmente transformada convertirá a nuestro tiempo y a nuestra humanidad en Hostia agradable a Dios. ♦

La Dirección